

EL OJO MALVADO

Homilía de Alberto Maggi, publicada en Adista, 30 de julio 2011

No resulta fácil aceptar a un Dios que, en vez de premiar a los buenos y castigar a los malos, hace, en cambio, “que salga el sol sobre los buenos y los malvados” (Mt 5,45), ofreciendo a todos su amor. Un Dios así parece injusto, como el amo de la parábola narrada por Jesús (Mt 20,1-15). En ella es presentado un propietario de tierras que contrata a braceros para su viña. La importancia del trabajo hace el mismo dueño de las tierras salga de casa al alba, para dirigirse a la plaza del pueblo y contratar trabajadores (Mt 20,1). La paga estipulada es un denario al día, y es esto lo que el patrón asegura a sus empleados. La abundante disponibilidad de mano de obra hace posible que con una sola convocatoria de asalariados se puedan satisfacer las necesidades laborales de la jornada entera. Sin embargo, sorprendentemente, hacia las nueve de la mañana sale de nuevo el patrón en busca de más mano de obra. No lo hace, de hecho, por necesidad de la viña; los primeros llamados son más que suficientes, pero decide contratar nuevos empleados porque los ve desocupados todavía, y estar sin trabajo en aquella sociedad significaba no comer. Así pues, es la necesidad de los trabajadores en paro lo que mueve al dueño a actuar. Y les promete darles una compensación en base al trabajo que realicen (“os daré lo que sea justo”, Mt 20,4).

A media jornada, el hombre regresa de nuevo a la plaza, y contrata aun a otros braceros, y lo mismo hace alrededor de las tres de la tarde. Ya hay suficientes hombres trabajando en los viñedos, pero el dueño está más preocupado por el hecho de que queden aún personas desocupadas que de sus propios intereses. Y cuando empieza a declinar el sol, hacia las cinco de la tarde, el patrón se acerca una vez más en busca de otras personas que nadie ha llamado a trabajar. Solo falta una hora para que concluya la jornada laboral y ya nadie los empleará. No han trabajado, por lo tanto no comerán. Pero si nadie ha pensado en ellos, de eso se encarga el patrón de la viña, quien les invita también a ellos a trabajar, sin mencionar el tema del salario: apenas van a trabajar una hora, con lo que será suficiente recompensarles con un mendrugo de pan...

La plaza del pueblo está desierta. Ningún bracero se encuentra a la espera de ser contratado: todos están en la viña, en la que pululan ahora numerosos trabajadores. Los que comenzaron a trabajar al alba han visto agradecidos cómo a lo largo del día iban llegando nuevos empleados para ayudarles en el trabajo; con la aportación de los nuevos llegados, la jornada no se ha hecho demasiado pesada. Su felicidad se transforma en entusiasmo cuando ven que el capataz empieza a distribuir el salario a partir de los últimos, los que apenas han trabajado una hora, y le da a cada uno un denario: no es un sueldo, es un regalo. Si los que han trabajado una hora reciben lo que había sido pactado con los primeros braceros para toda la jornada, a los que han soportado el peso del día y el calor sofocante ciertamente se les dará al menos el triple. Pero cuando comprueban que su retribución es de un denario, tal como había sido acordado, dan rienda suelta a su desilusión y a su malhumor, porque estaban seguros de que cobrarían más (Mt 20,10), y consideran que el patrón ha sido injusto con ellos. Pero el señor de la viña no ha sido injusto (ha dado conforme a lo que había establecido con ellos), sino generoso. No quita nada a los que han trabajado desde el alba, pero quiere dar el mismo salario también a los últimos. Defendiendo su comportamiento, el dueño de la viña se define bueno (“¿Es que tienes envidia porque yo soy bueno?”, Mt 20,15). En la actitud del propietario de la

viña, Jesús representa la forma de actuar del Padre. Dios no es un dueño severo, sino un señor generoso que no paga a los hombres según sus méritos, sino conforme a sus necesidades, porque su amor no es concedido como un premio, sino como un regalo. Aquello que motiva su intervención es la necesidad del hombre, su felicidad. Y si a alguien le puede parecer injusto este comportamiento, y no lo acepta, es porque su ojo es malvado (Mt 20,15), el ojo del avaro, del envidioso (Dt 15,9), de aquél que todo lo hace para su propia conveniencia. Estos no podrán nunca comprender la forma de actuar de un Dios que no “busca su propio interés” (1 Cor 13,5), sino el de los seres humanos.